

sus vestiduras; salía de él una virtud secreta y divina que obraba prodigios. La fe de la Cananea fué recompensada con la salud de su hija; recobra el oído y la palabra el sordo mudo; y la turba que le sigue hasta el desierto, olvidándose de llevar provisiones para el camino, queda socorrida y harta por la multiplicación milagrosa de siete panes y cinco peces, que bastan al alimento de más de cinco mil personas, y aun sobran muchas canastas: tal es el efecto de su poder. En presencia de Pedro, Juan y Jacobo, sus discípulos, Jesucristo, transfigurado, aparece con toda su gloria en el monte Tabor. Volviendo á encontrarse con los Judíos, continúa haciendo prodigios de bondad: un ciego de nacimiento abre sus ojos á la luz; una mujer enferma de diez y ocho años recobra su salud perdida; es curado un hidrópico, y en fin termina esta serie de milagros públicos, fidelígnos y palpables, de que fué testigo la Judea durante tres años, con la resurrección de Lázaro, enterrado en su sepulcro tres días hacia y cuyo cuerpo era presa de la corrupción de la muerte.

5. Hemos tocado ligeramente los principales milagros de Cristo, porque á los ojos de la muchedumbre eran el signo más sensible de su divinidad. No era menos maravillosa su doctrina, porque debía de producir en el mundo moral y religioso la misma transformación que había obrado el poder del Hijo de Dios en el mundo material. Su modo de enseñar en nada semejaba á los métodos de los filósofos y sabios; su palabra no aparentaba afectadamente ni brillo, ni estudio oratorio. Era Jesús sencillo y familiar en sus discursos; presentaba ideas sublimes bajo parábolas é imágenes: quería ante todo interesar el corazón grabando en él su ley de caridad. Insistía sobremanera en enseñar *la unidad de Dios*, padre de todos los hombres; y establecía este principio fundamental, no con argumentos ni disertaciones, sino con el tono simple, natural y veraz del Hijo que habla de su Padre. — La idea que dominaba al mundo antiguo era la de un Dios irritado y terrible que no podía ser visto sin morir, y que era necesario apaciguar con sangre de víctimas y sacrificios. Pero en la

doctrina del Salvador, Dios no aparece ya sino como el Padre del hijo pródigo; como la fuente de aguas vivas para el alma sedienta, cual á la Samaritana en el brocal del pozo de Jacob; como el buen Pastor que trae en sus hombros al redil á la oveja descarriada; y en fin como un Dios de misericordia y perdón: tal es el carácter propio y sobresaliente del Testamento nuevo, llamado por esta razón ley de Gracia. La gracia de Dios apareciéndose así en la tierra, Jesucristo estableció canales para comunicarla á los hombres, y son los sacramentos, signos sensibles de la operación misteriosa é invisible de la gracia en las almas: *Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia y confesión, Extremaunción, Orden sacerdotal y Matrimonio.*

Es forzoso confesar que nada en lo pasado se semejaba á tales instituciones, á tales obras (1). « ¡Cuánto se distingue y » separa divinamente la doctrina de Cristo de los errores que la » rodean en medio de aquellos doctores hipócritas, de aquellos » escribas capciosos, de aquellos orgullosos Fariseos! ¡ Véase » de qué modo desconcierta el Hijo de Dios con su sabiduría » todos sus engaños! ¡ Cómo condena los vicios con su santi- » dad! ¡ Cómo calma todas las furias con su paciencia! ¡ Cómo » reanima las flaquezas con su mansedumbre! ¡ Cuán compa- » sivo se muestra á todo dolor! »

6. Para perpetuar el beneficio de la redención que venía á ofrecer al mundo, para asegurar á todas las generaciones la pureza de su doctrina, la integridad de los sacramentos que instituyó, Jesucristo debía fundar, y fundó en efecto, una sociedad visible, maestra y directora perenne, siempre *una*, á la que encargó el depósito de su doctrina y enseñamiento. La Iglesia católica, cuya historia escribimos y cuya institución divina nos proponemos examinar, tal como el Salvador se la ha otorgado; hé aquí el objeto de esta obra: dos cosas deben llamar la atención ante todo; los elementos escogidos, y la forma que se le ha dado.

(1) Augusto Nicolás, *Estudios sobre el cristian.*, tomo IV, pág. 45.

I. « Jesús, andando un día por las orillas del mar de Galilea, dice el Evangelio, vió dos pescadores y les dijo :
» Venid conmigo y os haré pescadores de hombres. »

Pescadores que no tenían otro caudal que sus redes, ni otra ciencia que la de su oficio, hé aquí los elementos escogidos, los primeros rudimentos de la institucion de la Iglesia, de esta institucion que ha de ir llevando por toda la tierra la antorcha de la verdad, y confundiendo la ciencia de los filósofos; que se ha de sentar en el Capitolio, y reinar sin límites y sin fin en el mundo. Los nombres de estos escogidos de Dios para empresa de entidad tanta eran desconocidos del mundo de los filósofos y poderosos del siglo: Simon, llamado Pedro, Juan y Jacobo, hijos del Zebedeo, Andrés, hermano de Pedro, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, Simon de Caná, Judas, hermano de Santiago, y Judas Iscariotes, que vendió á su Maestro. La flaqueza, oscuridad é ignorancia de estos doce Judíos debian hacer sobresalir mas la divinidad de la doctrina que estaban encargados de enseñar al mundo. Escogió Cristo, con intento, la flaqueza de la tierra para confundir á los poderosos: les recomienda, como característica condicion del buen éxito de su mision, el ser flacos y débiles á los ojos del mundo, y de no implorar ningun socorro, sacrificio ó defensa terrenal. « No os cureis, » les dice, de tener oro ni plata en vuestro bolsillo: cuando » no querrán escucharos, sacudiendo el polvo de vuestras » sandalias, salíos de la casa. Yo os envío como á corderos » entre lobos. » Es claro que Jesucristo quita en la formacion de su Iglesia todo cuanto hubiera buscado hasta el hombre mas vulgar, y que hace entrar en ella lo que todos hubieran rehusado: y esto es lo que san Pablo llama *la locura de la cruz*, locura que no ha cesado de proclamar como la mas profunda sabiduría de Dios el buen éxito mas inaudito, mas brillante y duradero.

II. Los elementos de su sociedad ó Iglesia, *Εκκλησία*, reunidos de esta suerte, Cristo los constituye en la unidad y en la autoridad: dos principios correlativos, sin los cuales no puede

subsistir ninguna institucion. Los doce Apóstoles no son todavía sino *pedras* aisladas que aguardan una *pedra* fundamental para no formar con ella y por ella sino un solo edificio. Simon es escogido por una vocacion especial: en adelante *Simon* se llamará Pedro (de *petra*, piedra); *et imposuit Simoni nomen Petrus*, nombre profético, porque ha de ser la roca sobre que se ha de fabricar la Iglesia: pocos dias despues, se le explica su mision de un modo mas explicito. « Yo » te digo, yo mismo, que tú eres Pedro y que sobre esta » *pedra* edificaré mi Iglesia, contra la cual no prevalecerán » jamás las puertas del infierno. Te daré las llaves del reino » de los cielos: todo cuanto ligares en la tierra será ligado » en el cielo; y todo cuanto desatares en la tierra desatado » quedará en el cielo. » Hé aquí constituida ya una supremacia en la jerarquía de la Iglesia: un jefe colocado sobre otros jefes, una *pedra* fundamental escogida entre otras *pedras* del edificio. La autoridad de este jefe soberano se ve proclamada aun mas altamente por estas palabras: « Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. » Y en fin, para completar nuestras citas acerca de esto, añadamos un pasaje que se olvida sobrado y que sin embargo, relativamente á los otros, pone aun mas en claro la prerogativa y las funciones del príncipe de los Apóstoles. « Simon, Simon, hé aquí como » Satanás ha pedido acibaros como trigo; mas yo he rogado » por vosotros, y por tí en particular, para que tu fe no desfallezca jamás: cuando pues fueres convertido, ten cuidado de confirmar á tus hermanos. » Y en verdad no podia Jesucristo manifestar de un modo mas evidente su voluntad decidida de establecer la Iglesia sobre la unidad de Pedro, de constituirla bajo la autoridad de este Pastor supremo que habia de apacientar á los corderos y á las ovejas; esto es, segun la interpretacion de los Padres y doctores, á los obispos y á los fieles; que tiene en sus manos las llaves del reino de los cielos, y que está encargado de confirmar en la fe á sus hermanos. Es visto, pues, que Pedro y sus sucesores han sido investidos de la autoridad, del primado del apostolado. La

historia de la Iglesia ha de converger por consiguiente en torno de ellos y como á su centro hácia la unidad de un mismo jefe y de una misma fe, bajo la autoridad del vicario de Cristo en la tierra con la garantía de aquella palabra divina : Yo he rogado á mi Padre para que tu fe no desfallezca jamás. Y esta promesa de infalibilidad se ve renovada en otra palabra sagrada : Hé aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos. Y para sellar con la unidad esta jerarquía divinamente constituida, Jesucristo ruega de este modo á su Padre : « ¡ Conservad en vuestro nombre, Padre santo , » á los que me habeis dado para que sean *uno* como nosotros ! » No os pido yo solamente por estos Apóstoles que me rodean, » sino por todos los que han de creer en mí por su palabra » (los cristianos de todos tiempos y lugares estaban presentes » á la imaginacion de Cristo al pronunciar estas palabras), » para que *todos* no sean sino *uno*. Al modo que vos, Padre mio, estais en mí y yo en vos, haced que *todos* sean *uno en nosotros*. Así es que esta naciente Iglesia, que irá creciendo mas y mas, ha de quedar unida á Jesús, su fundador, por medio de la tradicion no interrumpida de Pedro y sus sucesores. A esta unidad, á esta autoridad de Pedro y sus sucesores ha de acudir todo el que busque su salvacion, porque Jesucristo ha prometido estar con ellos hasta la consumacion de los siglos.

7. La mision pública del Salvador, la predicacion de su doctrina apoyada con milagros, la institucion de la Iglesia y los sacramentos, de que ha de ser dispensadora, solo habian ocupado tres años. ¡ Cosa admirable ! El pueblo judío habia sido testigo de esta vida extraordinaria ; habia palpado con sus manos las maravillas que Jesús habia sembrado por donde iba ; y en este Mesías, verdadero hijo de David, cuyos rasgos y vida habian sido profetizados tan por menor, el pueblo judío no reconoció al *Deseado de las naciones, á la esperanza del mundo, al enviado de los collados eternos* : pero aun hasta esta misma ceguedad estaba profetizada. Y se explica además hartó fácilmente cuanto que el Mesías, á los ojos de un pueblo

carnal y grosero, tenia que ser, ó al menos debería ser, un conquistador, un héroe rodeado de gloria y magnificencia. Jesucristo, al contrario, declaraba que su reino no era de este mundo ; predicaba una doctrina enteramente opuesta al espíritu y á las máximas del siglo : enseñaba á los hombres á que se desprendiesen de las inclinaciones, deseos y esperanzas terrenales, y á escalar, por medio de la mortificacion y sacrificios, el reino de los cielos que exigia violencia. Los Fariseos, á quienes llamaba *sepulcros blanqueados* y cuya hipocresía descubria ; los grandes de la tierra, á quienes alarmaba tomando el título de *Rey*, rey pacífico y espiritual de las almas ; los doctores de la ley, los escribas y sacerdotes, á quienes acusaba « de imponer fardos pesadísimos sobre los » hombros de los otros, sin querer ni aun ayudarles con las » puntas de los dedos, » amasaron en comun su comun odio y resolvieron la muerte de quien solo creian un hombre. Jesucristo conoce sus conspiraciones, y sin temerlas, como sin provocarlas, viene á Jerusalem pocos dias despues de la resurreccion de Lázaro. El pueblo le hizo una entrada triunfal inaudita, llevando en alto palmas y ramas de árboles, y tendiendo sus ropajes por las calles donde habia de pasar Jesús montado en un jumento, cabalgadura que indicaba bien su título de rey manso y humilde. Resuena por todo el ambiente un solo grito : « ¡ Hosana ! Gloria al Hijo de David ! » Cinco dias despues, las aclamaciones triunfales se convirtieron en clamores horribles : « ¡ Crucificalo, crucificalo ! Caiga su » sangre sobre nosotros y sobre nuestros descendientes ! » ¿ Qué ocurrió pues en este intervalo ? Nada, nada que pudiera explicar ordinariamente este cambio ; pero la hora era llegada en que el Hijo del hombre habia de ser entregado en manos de sus enemigos. Jesucristo habia celebrado la Pascua con sus discípulos y habia concluido la última cena con la institucion del sacramento de la Eucaristía, milagro perenne del amor de un Dios que permanece en medio de los hombres para convertirse en su alimento y bebida. En la misma noche, Judas Iscariotes, rociados todavía sus labios con la sangre euca-

rística, había vendido á su Maestro por treinta monedas á los príncipes de los sacerdotes, y entregó con un beso hipócrita al Hijo del hombre. Mas apenas consumó su crimen, el traidor desesperado se ahorcó, habiendo arrojado antes el precio de su traicion. Los Fariseos, el consejo de los sacerdotes y el pueblo se conjuraron para pedir la muerte de Jesús, gritando: « ¡Es un blasfemo! » Le acusaron en seguida ante el gobernador Poncio Pilatos de ser enemigo del César. Conducido al tribunal y preguntado si él es el Cristo, si es rey; responde: *Lo soy*; hablando claramente y sin velos. Es entregado al populacho, que le cubre de insultos, oprobios, salivazos, golpes y azotes; se le despoja de sus vestiduras, se le ata á una columna desnudo para llenarle de tormentos y ultrajes, y su cuerpo hecho una llaga, Pilatos pensando conmover al pueblo se lo presenta diciendo: *Ecce homo*: Sí, sí, ¡hé aquí el hombre que paga el rescate de todos los hombres padeciendo por ellos! — Sus discípulos despavoridos le abandonan: Juan y las santas mujeres, solas, se le mantuvieron fieles. Se le carga con el pesado madero de la cruz, bajo cuyo peso cae; y en fin se hace dirigirla, levantándose y cayendo, al Gólgota. Su madre le encuentra en esta via dolorosa: las hijas de Jerusalem lloran por él, y él les predice que muy pronto tendrán que llorar por la suerte de su patria y de sus hijos. Llegado al pié del Calvario, los soldados se sortean la túnica: se le clava en la cruz entre dos criminales, de los cuales uno se convierte y es el primer santo de la ley nueva que entra en el cielo, abierto ya á los hombres por la pasion del Hijo de Dios. Exclama en fin Jesús: « Todo está consumado, » y muere. Conmuévase la naturaleza, se parten las rocas, ábrense los sepulcros, resucitan los muertos: se rasga en dos partes el velo del santuario, y la tierra queda cubierta de tinieblas. Los testigos de esta muerte divina exclaman: « Por cierto, que era el Hijo de Dios. » José de Arimatea solicita y logra de Pilatos el permiso de enterrar el cuerpo de Jesús: se le deposita en un sepulcro hecho en una roca; se cubre el sepulcro con una losa enorme; los Judíos tienen gran

cuidado de poner sellos en la cubierta, y guardas de centinela (1). El *consummatum est* del Calvario anunciaba al mundo el cumplimiento de todas las profecías: en la espiracion de Cristo se acababan las setenta semanas de Daniel. La caída de Adán quedaba sobreabundantemente reparada con el sacrificio de un Dios: la mediacion del Redentor, la reconciliacion de la humanidad con Dios eran ya hechos notoriamente cumplidos.

8. Tres dias despues de su muerte, sale Jesucristo victorioso del sepulcro: caen á tierra sus guardas; levántase la enorme losa que servia de cubierta; vuelven á ver á su Maestro glorioso los discípulos: Santo Tomás, mas incrédulo, palpa sus cicatrices, pone la mano en la llaga del costado. Permanece Cristo entre sus discípulos durante cuarenta dias, renovándoles sus instrucciones para el desarrollo de su obra, obrando infinitos milagros en su presencia. Este hecho de la resurreccion, tan auténticamente relatado por los cuatro Evangelistas, y tan copiosamente demostrado por la incredulidad misma de Tomás, « que niega con porfia, dice san Leon, á fin » de que el mundo crea con mas garantías, » es la base de nuestra fe y la confirmacion de la divinidad de la Iglesia. « Si » Jesucristo no resucitó, dice san Pablo, es vana nuestra predicacion é inútil nuestra fe. » Y en efecto, por el hecho de la resurreccion del Salvador, durante los cuarenta dias sus discípulos le ven, le tocan, le hablan, oyen sus instrucciones, y se llenan de un valor heróico y sobrenatural para anunciar el Evangelio. Últimamente los reúne Jesús en Betania, y sobre un collado elevado que domina á esta villa les dirige aquestas palabras: « Todo poder me ha sido dado en los cielos y » en tierra: id, anunciad el Evangelio á todas las criaturas: » bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu » Santo. » Les bendijo despues, extendiendo sus manos sobre ellos. En el momento mismo se elevó hácia el cielo, y una nube vino á recibirlo, y le ocultó á las miradas de sus discípulos.

(1) Año 33. Ponemos la cronologia mas sencilla y generalmente adoptada. Sabemos que hay quienes colocan la muerte de Cristo en el año 27 de nuestra era, bajo el consulado de los dos Gemnios; opinion harto respetable.